

de la esclava; ésta la hizo colocar sobre su cilicio, y despues de invocar al Señor, le dijo que se levantase, lo que verificó enteramente curada. Gozosa la reina, volvió á su palacio, participó al rey su esposo lo que le habia sucedido, y como quisiese éste ofrecer ricos presentes á la esclava, «la única recompensa que ella desea, dijo «la reina, es que adoremos á Jesucristo, el Dios á quien ha invocado y que me ha devuelto la salud.» El rey vaciló durante algún tiempo, mas hallándose un dia en inminente peligro, prometió hacerse cristiano; su voto fué escuchado y cumplido; la pobre esclava le explicó la Religion lo mejor que pudo, y pidió que se levantase una iglesia, cuya forma explicó. El rey reunió á su pueblo, refirióle lo que le aconteciera á él y á la reina, é instruyó á sus súbditos como le fué posible en las verdades de la fe, mientras que la reina instruía á las mujeres, y se construía una iglesia. Como la nacion entera deseaba ardentemente conocer á fondo la Religion, envióse, por consejo de la esclava, una embajada á Constantino, solicitando de él que enviase algunos obispos que terminasen la obra de Dios; el Emperador consistió en su peticion, y causóle mas placer aquella conversion que una gran conquista<sup>1</sup>. Tambien nosotros debemos alegrarnos, pues este hecho nos demuestra la bondad de nuestro Padre celestial, que desea la salvacion de todos los pueblos, el continuo afan con que Jesucristo vela por su Esposa, y la ternura con que enjuga sus lágrimas.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por los admirables medios con que habeis conservado y propagado vuestra santa Religion: los Presbíteros, los Santos, las Órdenes religiosas, las misiones serán objeto de todo mi reconocimiento y de todo mi respeto.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *oraré por la conversion de los herejes.*

<sup>1</sup> Fleury, lib. XI, c. 39.

LECCION XXIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV).

La Iglesia defendida: san Hilario, obispo de Poitiers;—propagada: san Martin, obispo de Tours;—atacada: Juliano el Apóstata.—Juicio de Dios sobre este Príncipe.—La Iglesia defendida: san Gregorio Nazianceno, san Basilio el Grande.

Así como Elias al subir al cielo dejó su espíritu de profecía á su discípulo Eliseo, así el intrépido Atanasio, despues de distinguirse en tantos combates, desterrado cinco veces, y otras tantas llamado á su sede, legó su espíritu de valór y de fe á un obispo ilustre; á san Hilario de Poitiers, el cual hizo en Occidente lo que practicara en Oriente el invencible patriarca de Alejandria: el edificio de la Iglesia, atacado por los arrianos, descansó sobre esas dos fuertes columnas. Hé aquí la historia de este nuevo Atanasio.

San Hilario, que tuvo la dicha de preservar las Galias del contagio del Arrianismo, nació en Poitiers, de una familia distinguida en todos conceptos; educado en el Gentilismo, adquirió por grados el conocimiento de la verdadera Religion, y abrazóla con fervor: en el año 353 fué consagrado obispo de su ciudad natal, y desde aquel momento solo se consideró como el hombre de Dios: los pecadores, conmovidos por sus discursos, entraban en vivos sentimientos de compuncion y renunciaban á sus desórdenes. Sin embargo, no se entregaba de tal modo á sus funciones exteriores que despreciase su propia salvacion; tenia sus horas señaladas para la oracion, y en tan santo ejercicio reanimaba su fervor y obtenia las abundantes bendiciones que derramaba Dios sobre todos sus trabajos. Su pluma estuvo igualmente consagrada á la gloria de la Religion; y como pretendiese el emperador Constancio propagar el Arrianismo en Occidente, le presentó una apología que le valió una sentencia de destierro.

El Santo aprovechó el forzado reposo que se le imponia, para com-



batir el error con una energía que han admirado todos los siglos; compuso contra el Arrianismo su *Tratado de la Trinidad*, en el cual prueba del modo mas sólido la consustancialidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; demuestra tambien en él que la Iglesia es una, y que todos los herejes están fuera de su seno; que se ha distinguido siempre de todas las sectas, en que, al paso que conserva siempre su unidad, las combate y las confunde todas, aunque sola contra ellas, y que halla la materia para sus triunfos mas bellos en las perpetuas divisiones que reinan entre los partidarios del error. Nada mas magnífico que los elogios prodigados á san Hilario por san Agustín y san Jerónimo; el primero le llama el *ilustre doctor de la Iglesia*<sup>1</sup>; y el segundo un *rio de elocuencia*, un rio que Dios trasladó desde el mundo al campo de su Iglesia<sup>2</sup>. De regreso el Santo de su destierro, murió en Poitiers en el año 368<sup>3</sup>.

Mientras que san Hilario defendía á la Iglesia en el interior, fué elegido por Dios uno de sus mas ilustres discipulos para dar á su querida Esposa tantos hijos como podia la herejía arrebatarle; ese nuevo Pablo, el apóstol del Occidente, es san Martín, el cual, admirador de las virtudes de san Hilario, se habia formado en su escuela, tomando parte en todos sus combates por la fe.

Martín nació en Sabaria, ciudad de Panonia, de padres idólatras; mas Dios derramó sobre él tan singulares bendiciones, que á la edad de diez años se dirigió á la Iglesia á pesar de sus padres, é hizo inscribirse entre los catecúmenos. Una orden del emperador obligó en aquel entonces á empuñar las armas á los hijos de los oficiales y de los soldados veteranos, lo que fué causa de que Martín, que en aquella época contaba quince años, prestase el juramento militar y entrase en la caballería. La profesion de las armas, que es para tan-

<sup>1</sup> Lib. II. *adv. Jul.* c. 8.

<sup>2</sup> Lib. II *adv. Rufin.* pag. 115.

<sup>3</sup> Las demás obras de san Hilario son:

1.º *Comentarios* sobre san Mateo;

2.º *El libro de los sínodos*; obra que proporciona grandes noticias acerca de la historia del Arrianismo. San Jerónimo hacia de ella tanto aprecio, que la copió de su propio puño;

3.º *Los libros al emperador Constancio*, en los cuales pide el Santo permiso al Emperador para justificar la fe católica en su presencia.

San Hilario escribió además muchas otras obras en todas las cuales se muestra digno de sí mismo. La mejor edicion de sus obras es la del P. Coustant, benedictino. París, 1693.

tos otros una escuela de licencia y de desórden, fué para él como el aprendizaje de las mas heróicas virtudes, distinguiéndose especialmente por su tierno amor á los pobres, á quienes nada podia negar, distribuyéndoles cuanto le restaba del sueldo.

Cierta dia, dice su historiador Sulpicio Severo, durante un invierno cuyo rigor causó la muerte á muchas personas, halló en la puerta de Amiens á un hombre casi desnudo que pedia limosna; su vista excitó la compasion del santo caballero, quien solo tenia sus armas y vestidos. ¿Qué hacer? Martín sacó su espada, dividió su capa por en medio, y dió la mitad al pobre para que se cubriese. Tan bella accion no quedó sin recompensa, y durante la noche siguiente Martín vió en sueños á nuestro Señor Jesucristo revestido con aquella media capa, y oyó que decia á los Angeles que le rodeaban: «Martín, catecúmeno aun, es el que me ha dado esta capa.»

Tan consoladora vision le determinó á pedir el Bautismo, y lo recibió al contar diez y ocho años; á los veinte abandonó el servicio militar, y atraído por la fama de san Hilario, quiso vivir á su lado. El gran Obispo no tardó en conocer el extraordinario mérito de Martín, y quiso dotar con él á su diócesis, ordenándole de diácono; pero obedeciendo el Santo á su humildad, rehusó tanto honor, y consintió únicamente en serlo de exorcista. En seguida partió para Panonia; allí convirtió á su madre y combatió con valor contra los arrianos, volviendo luego á las Galias, donde fundó el primer monasterio; de cuando en cuando abandonaba su retiro para predicar la fe á los idólatras, en gran número todavia en las aldeas vecinas, y Dios premió el celo de su siervo con estupendos milagros.

Conocido en breve por todas las Galias, fué juzgado digno del episcopado; el pueblo de Tours lo pidió para pastor, mas fué preciso usar de mil artificios y hasta de violencia para arrancarle de su soledad; al presentarse en la puerta de su monasterio á fin de dar la bendicion á un enfermo, apoderáronse de su persona, y condujéronle á Tours muy bien custodiado. Martín llevó igual vida en la sede de Tours que en su monasterio: habitaba en una pequeña celda cerca de la iglesia; no se vió cambio alguno ni en su vestido ni en su mesa, y solo con sus virtudes quiso honrar su dignidad. La destruccion de la idolatría era el continuo objeto de sus trabajos, y recorrió varias veces la Turena y una gran parte de las Galias, purificándola de las últimas torpezas del Gentilismo.



Hallábase cierto día en un pueblo compuesto casi todo de gentiles, y despues de mandar derribar el templo de los ídolos, quiso hacer cortar un pino plantado frente de aquel, y que era tambien un objeto de idolatría, no consintiendo en ello los gentiles, sino con la condicion de que estaria el Santo en la parte hácia la que debia caer el árbol; Martin, lleno de fe, aceptó la condicion, y dejóse atar y colocar donde quisieron; cortóse el árbol, pero en el instante de caer, hizo el Santo la señal de la cruz, y el árbol enderezóse de nuevo para caer hácia la otra parte, con grande admiración de los gentiles, los cuales pidieron unánimemente el Bautismo.

El santo Obispo solo interrumpia sus misiones por otras obras de caridad; varias veces intercedió cerca de los príncipes en favor de algunos desgraciados, y por este motivo hizo dos viajes á Tréveris, donde se encontraba en aquel entonces el emperador Máximo. Martin pedia sus gracias como obispo que era y con un tono de dignidad que imponia á los mismos príncipes, lo cual no fué un obstáculo para que Máximo concibiese por él una grande estimacion; antes al contrario, y diferentes veces le invitó á comer en su mesa. San Martin rehusó en un principio, mas despues creyó deber acceder á la invitacion, lo cual causó tanto placer á Máximo, que convidó como á una fiesta á las personas mas distinguidas de su corte, entre otras á su tío y á su hermano, y al prefecto del Pretorio. El santo Obispo fué colocado al lado del Emperador, y el presbítero que le acompañaba continuamente entre el tío y el hermano de aquel; á la mitad de la comida, un oficial presentó la copa al Emperador, segun era costumbre; mas el Príncipe indicó que la presentasen á Martin, de cuyas manos queria recibirla; sin embargo, el Obispo despues de beber la entregó á su presbítero, como á la persona mas respetable de la concurrencia. Semejante accion agradó mucho á Máximo, el cual prodigó grandes elogios á san Martin, por haber preferido á todo el poder imperial el honor debido al sacerdocio de Jesucristo.

El Santo regresó á Tours, donde fué recibido por su pueblo como un ángel tutelar; aunque de edad muy avanzada, en nada disminuyó sus austeridades ni sus apostólicos trabajos, y continuó hasta el fin de su vida confirmando con grandes milagros la doctrina que predicaba. Sus ocupaciones no borrarán de su mente el delicioso recuerdo de la presencia de Dios; todo cuanto veia le daba oca-

sion para santificarse ó para dar á los demás lecciones de virtud; hé aqui algunos preciosos ejemplos de que nos es fácil aprovecharnos:

Viendo un día una oveja recientemente esquilada, dijo á los que le rodeaban: «Ved á una oveja que ha cumplido el precepto del Evangelio; tenia dos vestidos, y ha dado uno al que ninguno tenia; hagamos nosotros lo mismo.» Á la vista de un hombre cubierto de andrajos que guardaba cerdos, exclamó: «Ved aquí á Adán arrojado del paraíso; despojémonos del viejo Adán para revestirnos del nuevo.» Otro día pasó por la orilla de un río, donde revoloteaban algunos pájaros pescadores: «Hé aquí, exclamó, la imagen de los enemigos de nuestra salvacion, siempre en acecho para sorprender nuestras almas y hacer de ellas su presa;» en seguida mandó á los pájaros que se retirasen, lo que verificaron al instante. Llegado á la edad de noventa años, el Pablo del Occidente fué á recibir la corona debida á los que guardan la fe y combaten con valor.

Demos una última mirada al sepulcro de san Martin, rogándole que conserve desde el cielo la preciosa fe que con sus trabajos plantara en las Galias, y que regara con tantos sudores, y pasemos á Oriente, donde un nuevo espectáculo se ofrecerá á nuestra vista. No la herejía atacando á la Iglesia, no, sino el Gentilismo, el Gentilismo viejo, gastado y muerto que trata de abandonar su tumba para reconquistar, si puede, el cetro del mundo que con mano firme empuña la divina Esposa de Jesucristo.

Juliano, sobrino del gran Constantino, ciñó la corona en el año 355, y seducido por algunos filósofos gentiles y arrastrado por sus propias pasiones, abjuró públicamente la Religion y trató de resucitar la idolatría; para ello decretó una persecucion sorda y páfida contra los cristianos, despojó las iglesias de todos sus bienes, revocó cuantos privilegios habian obtenido, suprimió las pensiones señaladas por Constantino para sustento de los clérigos, de las viudas y de las vírgenes, y prohibió á los cristianos abogar y ejercer cargos públicos. No contento aun, no quiso que enseñasen las bellas letras, sabiendo el partido que de los libros profanos sacaban contra el Gentilismo y la irreligion; pero á pesar de manifestar en todas las ocasiones un sumo desprecio hácia los cristianos, á quienes llamaba *galileos*, comprendia la ventaja que les daban la pureza de



sus costumbres y la fama de sus virtudes, y no cesaba de citarlos como á ejemplo á los sacerdotes gentiles. El carácter de la persecucion de Juliano fué una aparente dulzura y una continua irrision del Evangelio, sin que por esto dejase de recurrir á los medios violentos, cuando vió la inutilidad de los demás, y bajo su reinado muchos Mártires sellaron nuestra fe con su sangre.

El impío Príncipe, viendo que la guerra no se terminaba tan pronto como habria deseado, resolvió aniquilar el Cristianismo de un solo golpe; para ello trató de dar un solemne mentís á nuestro Señor, y convenciéndole de impostor, entregar su obra á la irrision de todos los siglos. ¡Qué valen los proyectos humanos contra el Señor! Vámos á verlo.

Su designio principal era hacer mentir las profecías, tanto la de Daniel que anuncia como irreparable la ruina del templo de Jerusalem, como la del Salvador que dice que no quedará de él piedra sobre piedra; y en su consecuencia quiso Juliano reconstruir aquel edificio, para lo cual escribió á los judíos una carta muy lisonjera, prometiéndoles ayudarles con todo su poder para elevar de entre sus ruinas el templo donde por tanto tiempo adoraran al Dios de sus abuelos. Al tener noticia de semejante mensaje, los judíos acuden en tropel á Jerusalem desde todas las partes del mundo; en poco tiempo reunen sumas considerables; las mujeres judías dan sus joyas y pedrerías para contribuir á los gastos de la empresa; los tesoros del Emperador proporcionan cantidades inmensas; Juliano reúne los mas sabios arquitectos de las diferentes provincias del imperio, y confía la inspeccion de los trabajos á Alipio, su íntimo amigo, á quien envía á Jerusalem para apresurar la obra. Todo dispuesto ya, acumulan una prodigiosa cantidad de materiales, trabajan noche y día con increíble ardor en desembarazar el área del antiguo templo, y en demoler los antiguos cimientos, para cuyos trabajos algunos judíos habian hecho construir azadas y palas de plata. Las mujeres mas delicadas tomaban parte en la faena, y trasladaban los escombros envueltos en sus mas ricos vestidos.

Terminada la demolicion, preparábase todo para la colocacion de los nuevos cimientos, y allí era donde esperaba Dios á sus enemigos; oigamos á un autor nada sospechoso en la materia, á Ammiانو Marcelino, celoso gentil, el cual hizo de Juliano el héroe de su historia: «Mientras el conde Alipio, asistido del gobernador de la

«provincia, activaba los trabajos, brotaron de los cimientos espantosos torbellinos de llamas, que quemaron á los trabajadores, «é hicieron inaccesible aquel lugar. Por distintas veces tratóse de «empezar la obra; mas como el fuego persistiese tenazmente en rechazar á los trabajadores, viéronse obligados á desistir de la empresa<sup>1</sup>.»

Así se expresa un historiador que adoraba á los ídolos del Paganismo, y que era gran admirador de Juliano. ¿Quién pudo arrancarle semejante confesion, á no ser la fuerza de la verdad? San Gregorio Nazianceno, autor contemporáneo, añade que cayeron rayos, que se vieron en los vestidos de los presentes cruces de un color negrozco: que muchos perseguidos por las llamas buscaron refugio en una vecina iglesia, mas abrasóles un fuego extraño y repentino, que consumió á unos, mutiló á otros, dejando en todos visibles señales del temible poder de Dios, á quien habian retado. Sin embargo no por esto abandonaron la empresa; una y otra vez quisieron continuar los trabajos, y una y otra vez presentábanse aquellas milagrosas erupciones de fuego, que no cesaron hasta que hubieron desistido completamente de ellos. «Esto, dice el gran Doctor, es un «hecho notorio y que todo el mundo reconoce<sup>2</sup>.»

Así pues, mientras quedan en pié algunas piedras de la antigua obra del templo, es decir, mientras se trabaja en dar á las palabras del Salvador su literal cumplimiento, Juliano es omnipotente; pero al querer colocar de nuevo una sola piedra en aquellos cimientos para siempre malditos, mira abortar todo su odio y todo su poder. Es una verdad inconcusa que todos los ataques dirigidos contra la Iglesia se convierten para ella en otros tantos triunfos y glorias, observacion que hacemos ahora para siempre.

Á pesar de su derrota, Juliano, rugiendo de ira, juró aniquilar el Cristianismo, mas antes quiso poner fin á la guerra que sostenia contra los persas; despues de inmensos preparativos y de enormes sacrificios, partió, jurando antes destruir á su vuelta á la Iglesia; mas tambien Dios supo esta vez librarla de tan insensatas amenazas, pues habiendo el Emperador tomado parte sin coraza en el primer combate, fué herido mortalmente por un dardo, en el momento en que levantando el brazo gritaba para animar á sus tropas: «¡ Todo

<sup>1</sup> Lib. XXIII, c. 1.

<sup>2</sup> Orat. IV *adv. Jul.*



«es nuestro!» Entonces tomó en su mano sangre de su herida, y arrojándola hácia el cielo, exclamó: ¡ *Venciste, Galileo!* Último grito del Gentilismo espirante. Juliano, príncipe en todo digno de tener á Voltaire por apologista, murió la siguiente noche, la del 26 de junio del año 363, á la edad de treinta y dos años <sup>1</sup>: su funesta muerte habia sido misteriosamente vaticinada por un santo que vivia en aquel tiempo; un gentil que le encontró preguntóle en tono de burla: ¿ *Qué hace ahora el Galileo?* Á lo que contestó el Santo sin inmutarse: *Un sepulcro.* Ahora, como antiguamente, los enemigos del Salvador, viendo á la Iglesia atacada, encadenada, despojada y despreciada, preguntan con ironía así con sus palabras como con su conducta: ¿ *Qué hace el Galileo?* Y ahora como antiguamente debemos contestarles sin vacilar: Un sepulcro; sí, un sepulcro para sus enemigos; un sepulcro en que no tardarán en convertirse en podredumbre como sus antecesores, emperadores, filósofos, pueblos enteros que duermen hace mucho tiempo, mientras que el Cristo reina, en la sepultura que para él abrieran.

Juliano no combatió á la Religion que habia abandonado únicamente con su espada, sino tambien con su pluma, si bien la Providencia opuso valerosos adversarios al sofista coronado.

Uno de los primeros que se presentan es san Gregorio Nazianceno; este Doctor de la Iglesia, apellidado el *teólogo* á causa del profundo conocimiento que tenia de la Religion, nació en el territorio de Nazianzo, pequeña ciudad inmediata á Cesarea en Capadocia; su padre llamado tambien Gregorio era gentil, mas convirtiése por las súplicas de santa Nonna, su esposa, la cual consagró al Señor su hijo Gregorio desde el instante de su nacimiento; Gregorio correspondió admirablemente á los cuidados que tomaron sus padres para hacerle virtuoso, y despues de haber cursado los primeros estudios, fué enviado á Atenas para que se aprovechase de las lecciones de los célebres maestros que residian en aquella ciudad. En ella trabó estrecha amistad con san Basilio, venido como él para concluir sus estudios. Citarémos los nombres de ambos grandes hombres, y los citarán siempre todos los cristianos, como cumplidos modelos de una amistad tan tierna como santa; inseparables uno de otro, atentos á evitar las peligrosas compañías, solo hablaban con aquellos de sus compañeros en quienes el amor al estudio se hermanaba con la

<sup>1</sup> Véase la *Vida de Juliano*, por el abate de La Bletterie.

práctica de la virtud; jamás se les vió asistir á diversiones profanas, no conociendo mas que dos calles en la ciudad, la que guiaba á la iglesia y la que conducia á las escuelas públicas. Su vida era muy austera, y del dinero que les enviaban sus familias gastaban únicamente el necesario para satisfacer sus mas indispensables necesidades, siendo el resto repartido entre los pobres.

Precedido de una brillante reputacion, volvió Gregorio á Nazianzo, y su primer cuidado fué recibir el Bautismo: desde aquel momento, muerto para el mundo y sus encantos, no sintió mas ardor que para la gloria de Dios, y á fin de satisfacer el deseo que de su perfeccion abrigaba, rompió todo trato con el mundo, yendo á encontrar á san Basilio, quien vivia en la soledad. Las vigiliias, los ayunos y las oraciones hacian las delicias de aquellos dos eminentes varones, los cuales al trabajo manual unian el canto de los Salmos y el estudio de la sagrada Escritura, siguiendo, en la explicacion de diferentes oráculos, no sus propias luces ni su espíritu particular, sino las doctrinas de los antiguos Padres y de los Doctores de la Iglesia <sup>1</sup>.

En aquella época compuso Gregorio su célebre discurso contra Juliano, en cuya obra se expresa con todo el vigor que empleaban los Profetas cuando por mandato de Dios reprendian los crímenes de los reyes y de los impíos; su único objeto era defender la Iglesia contra los gentiles, poniendo en relieve la injusticia, la impiedad y la hipocresía de su mas cruel perseguidor.

Dios no permitió que aquella brillante antorcha estuviese por mas tiempo oculta, cuando la iglesia de Constantinopla gemia hacia cuarenta años bajo la tiranía de los arrianos, cuando los pocos católicos que en ella restaban se veian privados de pastores, y aun de iglesias; éstos, pues, se dirigieron á Gregorio, cuyo saber, elocuencia y piedad conocian, suplicándole fuese en su auxilio; muchos obispos unieron sus voces á las suyas, á fin de que pudiesen lograr lo que pedian, y despues de repetidas instancias tuvo Gregorio que ceder. No tratarémos de referir lo que sufrió el Santo en la sede de Constantinopla de parte de los herejes; bástenos saber que no opuso á tantos ultrajes mas que la oracion y la paciencia. Sus virtudes y talentos atraian cerca de él á gran número de personas, y el mismo san Jerónimo abandonó por Constantinopla los desier-

<sup>1</sup> Rufino, *Hist.* lib. II, c. 9, pág. 251.